

Como un pollo de golondrina: vejez y masculinidad en la Antigua Roma

Like a young swallow: old age and masculinity in Ancient Rome

SARA CASAMAYOR MANCISIDOR

Universidad de Salamanca

saric@usal.es

<https://orcid.org/0000-0002-4021-2695>

Texto recibido em / Text submitted on: 03/09/2019

Texto aprobado em / Text approved on: 10/07/2020

Resumen. Socialmente, la vejez es percibida como una etapa que resta valor a las personas.

En el caso del género, acontece un proceso de androginización que difumina los rasgos de lo masculino y femenino, por lo que los varones deben renegociar los términos desde los que se construye la masculinidad para adaptarla a sus capacidades. El artículo analiza este fenómeno en la Roma antigua. Describimos cómo el cuerpo del *senex* podía ser visto como no masculino, convirtiendo al viejo en un sujeto más cercano a las mujeres que a los *uiri*. Desgranamos las características que debía tener una buena vejez para los romanos e ilustramos cómo los ancianos renegociaron su masculinidad, creando un modelo de *senex* sabio, moderado, autónomo y autoritario.

Palabras clave. Vejez, masculinidad, antigua Roma.

Abstract. Old age is socially perceived as a stage that decreases the value of people. In the case of gender, it subjects people to a process of androginization that blurs the characteristics of the masculine and the feminine. Thus, men must renegotiate the terms from which masculinity is constructed to adapt it to their situation. This paper analyzes this issue in ancient Rome. We describe how the body of the *senex* could be seen as non-masculine, placing the old man closer to women than to *uiri*. We settle the characteristics that a good old age must had for ancient Romans, and show how the elderly renegotiated their masculinity, creating a model of wise, moderate, autonomous and authoritarian *senex*.

Keywords. Old age, masculinity, ancient Rome.

Introducción: vejez, masculinidad y la antigua Roma

Desde el momento en el que nacemos hasta nuestra muerte el cuerpo humano está en constante transformación. En las sociedades occidentales actuales este proceso de envejecer, que es visto como positivo en la infancia porque conduce a la adultez, adquiere connotaciones negativas en la vejez, de manera que debe ocultarse recurriendo a los cosméticos o incluso negando la propia ancianidad (HURD 1999; LUND y ENGELSRUD 2008). La negatividad

que se asocia a la vejez afecta a la construcción y gestión de las identidades de género, de forma que mujeres y hombres pierden las principales características físicas, psicológicas y sociales que el patriarcado les había atribuido en la juventud. Mientras que este proceso de androgenización o de-generización puede resultar positivo para las mujeres, que ganan en libertad (FREIXÁS 1997: 35)¹, en el caso de los hombres ocurre lo contrario, ya que en ellos la ancianidad, al verse como opuesta a la masculinidad hegemónica, definida por la fuerza y la autonomía, les hace perder poder en sociedad, cambiando su rol dominante por la subordinación a las generaciones jóvenes y la marginalización (CALASANTI y KING 2018; SANDBERG 2011).

Si bien los cambios que la vejez produce en la masculinidad normativa han sido estudiados por la Sociología y la Gerontología en las sociedades actuales, aún está pendiente aplicar una perspectiva histórica. En el caso de la Antigüedad, aunque los estudios sobre la vejez cuentan con una trayectoria de más de dos décadas a sus espaldas, y además están centrados en su mayoría en los varones de la élite, los *senes* apenas han sido abordados desde la perspectiva de género fuera de la constatación del estereotipo de *senex libidinosus* (AUGOUSTAKIS 2008; BERTMAN 1989). Por otro lado, las nociones de feminidad y masculinidad se encuentran íntimamente ligadas a la sexualidad, y la androgenización a la que hacíamos referencia unas líneas más arriba conlleva una negación de la sexualidad en la ancianidad, la cual como veremos también se presuponia en la antigua Roma. Todo ello hace que la relación entre género y vejez en las sociedades pasadas sea una cuestión aún pendiente de abordar².

El objetivo de las siguientes páginas es mostrar cómo el concepto de *uirtus* o masculinidad se veía alterado por el cuerpo anciano y cómo los *senes* renegociaban los términos sociales desde los que se definía la masculinidad romana, creando una nueva basada en tres pilares fundamentales: la autonomía, la sabiduría y el mantenimiento de la jerarquía doméstica. Para ello nos apoyamos tanto en la Sociología Gerontológica como en la Historia de la Vejez y la Historia de las Masculinidades. La primera nos permite testar la aplicabilidad de las inferencias actuales sobre la vejez masculina a la antigua Roma, mientras que las otras dos ofrecen un marco de partida dentro del cual estudiar la masculinidad de los *senes*. Comenzamos analizando cómo el cuerpo envejecido suponía un desafío a la masculinidad hegemónica y presentando ejemplos de *senes* a los que la vejez ha androgenizado. Incapaces de ocupar el papel dominante y

¹ Para el caso de la Antigüedad, esta mayor libertad ha sido referida para Oriente Próximo (Dominguez 2002: 195; Harris 2000: 108-112), Grecia (Gentile 2009: 1; Iriarte 2015: 23; Mirón 2002: 65) y Roma (Nikolopoulos 2003: 54), no sin las consiguientes críticas (Dickie 2001: 90; Pratt 2000: 42).

² Una reciente excepción en Muñoz 2018.

activo, se convierten en seres sometidos a la voluntad de otras personas, más cercanos a las mujeres y los niños que al *uir*. A continuación, exponemos las características que para los romanos debía tener una buena vejez y, a través del ejemplo de Vestricio Espurina, tres veces cónsul en el s. I d.C., describimos los mecanismos mediante los cuales los varones crearon un nuevo modelo de masculinidad adaptado a las capacidades del cuerpo envejecido. Al realizar este cambio, la *uirtus* pasaba de estar caracterizada por la fuerza física y el vigor sexual a estarlo por la sabiduría, la templanza, la autonomía y la capacidad de ostentación del poder en el ámbito doméstico.

El cuerpo envejecido como un desafío para la masculinidad

A pesar de que hace dos milenios las posibilidades de llegar a la vejez probablemente fuesen menores que en la actualidad, los *senes* formaban parte de la cotidianidad de la población romana. Tim Parkin (1992: 134; 2003: 50) ha calculado que el 6-8% de la población romana alcanzaría la vejez, lo que en época imperial arroja una cifra de 5-12 millones de *senes* y *uetulae*³, si bien no sabemos qué porcentaje correspondería a hombres y cuál a mujeres, asunto que la historiografía sigue debatiendo (GARNSEY 1999: 100; PARKIN 1992: 103-105.). En la antigua Roma, la palabra usada para masculinidad era *uirtus* (*uir*=hombre). *Uirtus* era un adjetivo personificado por el adulto de la élite: fuerza física, cuerpo atlético, capacidad oratoria, actitud viril⁴... No obstante, y como señala Lin Foxhall, los varones que no pertenecían a la élite debieron regirse por el mismo modelo de masculinidad: “[T]hough dominant, ‘hegemonic’, masculine ideologies may have been elite in origin, it would be too simple to say that they remain located amongst the elite, or that other males are starkly emasculated by their exclusion from the most concentrated arenas of power” (FOXHALL 1998: 4).

Como hemos señalado, la definición de masculinidad se encuentra estrechamente ligada al cuerpo, a sus características y su aspecto externo. Y el cuerpo es también un aspecto central de la vida de las personas en la vejez. Es al mismo tiempo invisible, alejado de los estándares sociales de belleza y funcionalidad, e hipervisible, ya que es una de las características principales por las que clasificamos a alguien como viejo/a (TWIGG 2004: 62). Si se nos pidiera que pensásemos en una persona vieja, a nuestra cabeza acudiría una

³ Tim Parkin (1992: 5) ha calculado cifras de 1 millón de habitantes para Roma ciudad, 5-8 millones para toda Italia, y 50-60 millones para el conjunto del Imperio.

⁴ Para la definición de *uir* y *uirtus*, *vid.* MCDONNELL 2006: 2 y ss.

imagen principalmente basada en el aspecto físico: arrugas, calvicie, canas, postura encorvada, dificultad de movimiento, falta de dientes... Una imagen a la que además dotaríamos de connotaciones negativas y que probablemente no coincidiría con la descripción de muchas de las personas ancianas de nuestro entorno ni con la vejez que esperamos vivir. Como proceso biológico, la vejez es el resultado de un inevitable deterioro orgánico que comienza hacia los 25 años y que en la ancianidad avanza de forma acelerada, provocando desgaste musculoesquelético, cardiovascular, endocrinológico y cerebral, al tiempo que se alteran ciertas características físicas: pérdida de elasticidad de la piel, tiempos de reacción más prolongados, menor agudeza visual, etc. Este proceso de envejecimiento y su aceleración en la vejez no pasaron inadvertidos para los escritores de la Antigüedad, quienes encontraron la causa en la progresiva sequedad que sufría el cuerpo humano (ARIST. *Log.* 5.466a-466b; CIC. *Sen.* 10.32; DION. HAL. *Ant. Rom.* 4.31.4; GAL. *Nat. Fac.* 2.8; HIPPOC. *Mul.* 111 y *Nat. Mul.* 1⁵). Además, casi todos los autores, con excepción de Cicerón, trataron la vejez como una enfermedad incurable (CIC. *Sen.* 11.35; LUCR. 3.445-469; MART. 6.70; PLAUT. *Men.* 755-760; SEN. *Ep.* 108.28; TER. *Phorm.* 575), una perspectiva que la Gerontología ha conservado hasta hacer poco tiempo.

Una de las características que más aparece asociada a la vejez en la Antigüedad es la debilidad, tanto física como moral, esta última como agravamiento de un mal carácter que ya había quedado patente en la juventud (CEL. *Med.* 2.10.4; CIC. *Sen.* 5.14 y 9.27; GAL. *Anim.* 10; OV. *Met.* 7.478; PETRON. *Sat.* 27.1-2; VERG. *Aen.* 2.509-511 y 12.131-132). Junto a ella otro mal caracterizado como común en los *senes* es la pérdida de facultades mentales, sobre todo la memoria, por lo que convenía ejercitarla aprendiendo cosas nuevas y rememorando las ya sabidas (CIC. *Sen.* 7.21; SEN. *Ep.* 68.14 y 76.1-2). Los textos de época romana hacen referencia también a diversas enfermedades o condiciones físicas degenerativas asociadas a la vejez: pérdida de piezas dentales, arrugas, pérdida de visión, dificultad motriz, etc. (CATULL. 97; CEL. *Med.* 2.1.22, 2.8.33, 3.17.1a, 5.26.31c y 6.6.32; CIC. *Sen.* 11.35-27; MART. 1.72, 3.43, 3.93 y 5.43; Prop. 2.18.20; Tib. 1.6.75-85). Además, el cuerpo envejecido era visto como andrógino, difuminando las características que diferenciaban a mujeres y hombres en la adultez. De este modo, aplicando el pensamiento fisiognómico acerca de la masculinidad (GLEASON 1995: 8), los *senes* eran individuos intermedios entre el varón adulto y la mujer, y por lo tanto menos masculinos.

Un resumen de todos los males que podían acontecer en la vejez nos lo

⁵ Los textos clásicos han sido consultados en las ediciones de Gredos y Loeb.

proporciona Juvenal:

«Dame larga vida, Júpiter, dame muchos años». Esto pides con semblante saludable, sólo esto pides también con el macilento. Pero ¡de cuántos y cuán persistentes males está llena una larga vejez! Contempla, ante todo, el rostro deformado y las mejillas flácidas donde antes hubo piel y unas arrugas como las que se rasca una mona ya madre en la boca revejida donde Tábraca extiende sus sombríos bosques. Muchas son las diferencias entre los jóvenes, aquel es más guapo que este y de rasgos diferentes, este es mucho más fuerte que aquel. Uno solo es el aspecto de los viejos: les tiemblan la voz y los miembros y tienen la cabeza ya calva y las narices mojadas como las de los niños; el pobre tiene que partir el pan con la encía desdentada. Tan pesado para su esposa e hijos y para sí mismo que cansaría a Coso el cazatestamentos. No son los mismos los placeres del vino y de la comida cuando el paladar está embotado (...). Es preciso que le griten para que su oreja oiga qué visitante le anuncia el esclavo o qué hora le dice que es. Además, la poquísima sangre que le corre por el cuerpo ya helado sólo se calienta con la fiebre, lo asedian en formación todo tipo de enfermedades; si me preguntaras sus nombres, más fácilmente te contaría cuántos amantes ha tenido Opia, cuántos enfermos se cargó Temisión en un solo otoño, a cuántos socios ha estafado Básilo, a cuántos pupilos Hirro, a cuántos tíos devora Maura la larga en un solo día, cuántos discípulos se cepilla Hamilo; más rápidamente repasaría cuántas casas de campo posee ahora el barbero que de joven me cortaba la barba recia y chirriante. Aquel anda delicado de la espalda, este de los riñones, este otro de la rabadilla; aquel otro ha perdido los dos ojos y envidia a los tuertos; los labios pálidos de este otro reciben la comida de los dedos ajenos y por su parte él, que solía sonreír a la vista de la comida, solo la abre como un polluelo de golondrina, hacia el que vuela con el pico lleno su madre en ayunas. Pero peor que cualquier pérdida de facultades físicas es la demencia, que ni recuerda los nombres de los esclavos ni reconoce la cara del amigo con el que cenó la noche anterior ni a los hijos que ha engendrado, a los que ha educado (JUV. 10.188-245).

Tal y como señala este autor, los peores males que podía acarrear la vejez eran la demencia y la dependencia. Ambas convertían al poderoso *uir* en un individuo que ya no era autónomo y quedaba a merced de las atenciones y los deseos de las mujeres y el personal esclavo. Se alteraban por lo tanto las relaciones de poder que, empleando el cuerpo como expresión visual del género, colocaban al varón en la cima de la sociedad (MONTSERRAT 1998: 153).

Contribuye a subrayar la marginalidad del anciano dependiente la comparación con el pollo de la golondrina, tanto por la animalización como por la situación de indefensión de la cría. Otra forma de restar masculinidad a los ancianos era comparar a los *senes* con niños (CATULL. 17; HOR. *Sat.* 2.3.245-260; JUV. 10.90 y 13.33; PLAUT. *Merc.* 290-295; SEN. *Ep.* 12.1-5; SUET. *Galb.* 14). De hecho, este fenómeno de la vejez como segunda infancia tenía incluso su propio término, *repuerascere* (PARKIN 2011: 29). Así, mientras el niño se veía como un proyecto de hombre al que hay que modelar, el viejo simbolizaba la pérdida irrevocable de las características de la masculinidad, alterando tanto las normas de género como de edad.

Las fuentes escritas aluden a la necesidad de ayuda para alimentarse y desplazarse (LUC. *Dial. Mort.* 6; MART. 9.90; SEN. *Contr.* 7.4; SEN. *Ep.* 55.1; VERG. *Aen.* 2.27). En una de sus cartas, Plinio el Joven hace referencia al fallecimiento de Domicio Tulo, un *senex* dependiente cuya situación vital repugnaba al escritor. En la misma misiva halaga el ejemplar comportamiento de la esposa de Tulo, cuyo nombre no conocemos, quien cuidó de él durante su vejez:

Esa esposa excelente y tan sacrificada, y que tantos más méritos había hecho ante su marido cuando más había sido criticada por haberse casado con él. Pues parecía poco decoroso que ella, una mujer de noble linaje, de una conducta ejemplar, en el ocaso de la edad, que había enviudado hacía ya mucho tiempo y de cuyo matrimonio había tenido hijos, se hubiese casado con un rico anciano y tan disminuido físicamente, que podía causar repugnancia a una esposa con la que se hubiese casado cuando era joven y estaba sano. Pues descoyuntado y deformado en todos sus miembros, tan sólo disfrutaba de sus enormes riquezas con la mirada, y ni siquiera se podía mover en el lecho a no ser con la ayuda de alguien; más aún, incluso se hacía frotar y lavar los dientes (algo repugnante y miserable); él mismo solía decir, cuando se lamentaba de las humillaciones de su debilidad física, que a diario se veía obligado a chupar los dedos de sus esclavos. Sin embargo, vivía y deseaba vivir, reconfortado principalmente por su esposa, que con su devota dedicación había cambiado las anteriores críticas provocadas por su matrimonio en gran admiración (PLIN. *Ep.* 8.18.8-10).

A Plinio le sorprende que Tulo quisiera seguir viviendo dado su estado físico. Necesitaba ayuda para desplazarse, comer y la higiene personal, y a pesar de que seguía en posesión de sus facultades mentales, había perdido su autonomía. En este sentido, el cuerpo dependiente era visto como no masculino,

debido a su posición pasiva y a que otras personas actuaban constantemente sobre él moviéndolo, alimentándolo y limpiándolo. El cuerpo dependiente recibe, no da, y por lo tanto en el esquema romano penetrador-penetrado era no masculino, cercano a las mujeres y a los hombres que adoptaban el rol pasivo en el sexo (PARKER 1997; WALTERS 1997). Además, el cuerpo dependiente era propenso a perder el control sobre sí mismo, tanto en lo que respecta a las facultades mentales como a las habilidades físicas básicas como el movimiento, el habla o el control de los esfínteres, y una de las características de la *uirtus* romana era la capacidad de autocontrol de las emociones y las necesidades corporales (CIC. *Sen.* 12.39-44; SEN. *Ep.* 58.29-37; WILLIAMS 1999: 138 y ss.). El *uir* debía ser capaz de mantener la integridad corporal y hacerlo de forma autónoma. Por lo tanto, un hombre dependiente como Tulo se convertía en un ser abyecto, por cuanto que la sociedad lo relacionaba con el asco, lo obsceno, lo hediondo, la muerte, la falta de humanidad y la incapacidad para respetar las normas sociales (GILLEARD y HIGGS 2011).

Nos encontramos también en las fuentes escritas con alusiones a la “locura de la vejez”, un término en el que, dado que en ocasiones resulta imposible hacer un diagnóstico médico, tienen cabida tanto situaciones de demencia y enfermedad de Alzheimer como otros episodios esporádicos o crónicos de patologías psiquiátricas, e incluso la creencia de que los ancianos siempre están de mal humor (APUL. *Apol.* 53; CIC. *Sen.* 7.21 y 11.36; HOR. *Sat.* 2.3.245-260; JUV. 2.112; SEN. *Ep.* 12.2). Ya hemos visto cómo Juvenal aludía a la pérdida de memoria, al igual que hacen otros autores (CATULL. 17; PLIN. *NH* 7.24). Areteo de Capadocia (*SD* 1.6) distinguía en el siglo I d.C. entre tres tipos de locura: transitoria, permanente y provocada por la vejez, ésta última irreversible.

Renegociando la masculinidad en la vejez: tiempo de sabiduría y familia

Si, como hemos visto, en la Roma antigua la vejez se percibía como un momento de pérdida de masculinidad y por lo tanto de poder, ¿qué podían hacer los *senes* para tratar de ralentizar los efectos de la ancianidad y conservar su posición social? Podemos obtener respuesta a esta pregunta analizando un ejemplo de buena vejez presente en las fuentes, el de Espurina, amigo de Plinio el Joven:

Gayo Plinio a Calvisio Rufo. No sé si habré pasado en mi vida algún momento más grato que el que he vivido no hace mucho en casa de Espurina; hasta tal punto que, en mi vejez, si el destino me permitiese llegar a ella, no quisiera

imitar a nadie antes que a él. No hay en efecto nada mejor planificado que aquella manera de vivir. Pues, del mismo modo que me agrada sobremedida el curso de las estrellas, así también me place una vida perfectamente organizada, especialmente en la vejez. En cierto sentido, en los jóvenes no resulta incoherente una vida relajada y, por así decirlo, desordenada; en cambio, a los ancianos les conviene una existencia plácida y organizada, ya que en su caso cualquier actividad excesiva resulta inoportuna y la ambición repelente. Espurina observa escrupulosamente esta regla; más aún, consigue que esas cosas triviales – triviales si no ocurriesen a diario – sucedan con un cierto orden y, por así decirlo, de forma cíclica. Por la mañana permanece en la cama durante una hora, a continuación pide las sandalias y recorre a pie una distancia de tres millas para ejercitar tanto su cuerpo como su espíritu. Si le acompañan algunos amigos, mantiene con ellos conversaciones muy eruditas; si no, se hace leer un libro, a veces incluso en presencia de sus amigos, si ellos no ponen reparos. Luego se sienta, y continúa la lectura del libro, o mejor aún la conversación; después se sube a un carruaje, acompañado de su esposa, un singular ejemplo para su sexo, o de alguno de sus amigos, como de mí mismo recientemente. ¡Qué agradable, qué dulce retiro! ¡Cuánta tradición hay allí! ¡Qué hechos, a qué grandes hombres escuchas! ¡De qué grandes principios te imbuyes!; aunque él ha impuesto a su modestia una justa medida: no dar la impresión de que está enseñando. Después de un recorrido de siete millas, hace a pie una milla más, luego se sienta otra vez o se retira a su habitación y a su escritura. Escribe, en efecto, en latín y griego cultísimas poesías líricas, que tienen un asombroso encanto, una asombrosa dulzura, una asombrosa delicadeza, cuyo valor aumenta la personalidad del autor. Cuando se le anuncia la hora del baño (a media tarde en invierno, una hora antes en verano), da desnudo un paseo al sol, si no hace viento. Después juega a la pelota con ardor y durante mucho tiempo, pues también combate la vejez con este tipo de ejercicio. Después del baño se acuesta un rato y aplaza el momento de la comida; entretanto escucha mientras alguien le lee alguna cosa más trivial y agradable. Durante todo este tiempo sus amigos tienen libertad para hacer las mismas cosas u otras diferentes, si así lo prefieren. Se pone una cena tan sencilla como bien servida, en una vajilla de plata pura y antigua; también utiliza para uso corriente una vajilla de Corinto, que le agrada mucho, aunque no le apasiona. Con frecuencia la cena se enriquece con representaciones escénicas, para que los placeres de la mesa se vean sazonados por los intelectuales. La cena se prolonga algo en la noche, sobre todo en verano, sin que a nadie le parezca excesivamente larga, a causa

de la amenidad con que ésta se desarrolla. El resultado es que Espurina ha conservado a los setenta y siete años intactos el sentido de la vista y del oído; además, un cuerpo ágil y lleno de vigor y de la vejez tan sólo la prudencia (PLIN. *Ep.* 3.1.1-20).

Espurina llevaba un día a día moderado y ordenado, estilo de vida asociado al *uir*. Dedicaba buena parte de su tiempo a dar paseos a pie o en carro y jugar con le pelota, actividades recomendadas en la vejez porque no suponían un gran esfuerzo físico pero evitaban el anquilosamiento y la enfermedad (CEL. *Med.* 4.26.5; CIC. *Sen.* 15.58; PETRON. *Sat.* 27.1-2; SEN. *Ep.* 83.3-4). En línea con Plinio, Marcial (6.70) alaba al anciano Cota, que a sus más de sesenta años jamás había caído enfermo. De la misma forma, caminar con paso firme, ni rápido ni lento, era indicador de masculinidad (O’SULLIVAN 2011: 16), por lo que las fuentes destacan la capacidad de los *senes* de desplazarse a pie y dar largas caminatas, como hace Espurina (CIC. *Off.* 1.131 y *Sen.* 11.34; JUV. 3.25-29; MART. 4.78; PLAUT. *Mil.* 628-630; SEN. *Ep.* 94.8-9 y 114.3).

La dieta de Espurina era austera, ya que en la ancianidad era recomendable reducir la cantidad de comida y evitar aquellos alimentos que causaban una digestión pesada, moderando también el consumo de vino (CIC. *Sen.* 11.36 y 14.46; GAL. *Anim.* 10 y *Nat. Fac.* 2.8; MACROB. *Sat.* 7.13.4; WILKINS 2015: 65). De la misma forma, era aconsejable cesar la actividad sexual, una decisión favorecida por la supuesta pérdida de apetito que acontecía en la vejez (CIC. *Sen.* 12.42; OV. *Am.* 1.9.4; PROP. 3.5.23-24; TIB. 1.4.27-39). Este celibato voluntario se contraponen a la figura del *senex* libidinoso típico de las comedias de Plauto (*Asin.* 934, *Bacch.* 1160, *Merc.* 264, 305-315 y 1015-1025), al que se le reprocha mostrar una conducta impropia para su edad. Al mismo tiempo, se evitaba que la disfunción eréctil se convirtiera en una forma de restar masculinidad al *senex* – aunque no obstante se empleaba con fines satíricos – ya que, si en la vejez no había espacio para la sexualidad, la pérdida de las facultades físicas para llevarla a cabo no era un problema sino una ventaja. Se trata, por otro lado, de una frugalidad y moderación que deben entenderse como virtudes típicamente romanas, que aunque se mostraban como especialmente deseables en la vejez debían manifestarse en todas las etapas vitales, y que se consideraban una cualidad característica de los varones de la élite. Es por ello que los textos presentan esta renuncia a la opulencia como una elección gustosa, ayudada por un cuerpo envejecido que no necesita con tanta intensidad de las cosas placenteras (CIC. *Sen.* 3.7 y 14.47; HOR. *Epist.* 1.6.25-30 y 2.2.55). Para Peter Garnsey (1999: 70-80) la contención en el comer y el beber era una vía mediante la cual los romanos de la élite expresaban su diferencia con respecto

al resto de la población, ya que para ellos se trataba de una abstinencia voluntaria, frente a la obligada de las personas pobres, que no tenían qué comer. El mismo criterio podría aplicarse a la sexualidad, cuya falta de control alude a una menor capacidad de razonamiento, a la elección de satisfacer instintos cercanos a lo animal en vez ocuparse de tareas más elevadas (CIC. *Sen* 12.42).

Espurina también dedicaba parte de su día a la lectura, la escritura, la conversación o el disfrute de la música, acciones recomendadas para evitar la pérdida de facultades mentales. Séneca (*Ep.* 26.1-4) se alegraba de que, mientras que su cuerpo se mostraba debilitado por la vejez, su mente seguía activa. Es por ello que declara que no recurrirá al suicidio como forma de escapar de una mala vejez siempre y cuando su inteligencia permanezca intacta (SEN. *Ep.* 58.29-37). Este mismo autor hace referencia al *senex* Aufidio Baso, quien aún estando en una situación que podríamos calificar como terminal conservaba su integridad gracias a una mente clara y un ánimo fuerte (SEN. *Ep.* 30.1-3). Mantener sólidas relaciones familiares y de amistad era considerada en Roma otra de las claves de vivir una buena vejez, siendo un *senex* rodeado de la esposa, los hijos y los nietos (DIO CASS. 56.3.3-5; MART. 4.13; OV. *Met.* 3.133-135 y 6.500; PLIN. *Ep.* 8.10 y 8.18.1-2; TIB. 1.7. 55 y 1.10.40-45). Esta era, por otro lado, una forma de mantener la *uirtus*. A pesar de estar retirado de la esfera pública, Espurina recibía visitas de personajes importantes, pudiendo no sólo conservar su estatus frecuentando a hombres poderosos, sino también obtener beneficios para los negocios que tuviera y establecer alianzas políticas que ayudasen a los miembros de su familia. La literatura romana insiste además en la capacidad de los *senes* de enseñar a las generaciones venideras gracias a los conocimientos acumulados a lo largo de la vida, convirtiéndolos así en personas imprescindibles para el correcto funcionamiento cívico, tanto en lo que respecta a los asuntos políticos como a los económicos (CIC. *Sen.* 3.9, 5.17, 9.28-29 y 14.46; PLUT. *Mor.* 797e; SEN. *Ep.* 68.14). Mostrar capacidad de interactuar socialmente, y hacerlo además en movimiento, se percibía como símbolo de una buena vejez, contraria al aislamiento de quienes habían quedado confinados al lecho y por lo tanto no eran capaces de cumplir con sus responsabilidades sociales (CATULL. 17; PLIN. *Ep.* 8.18.7-10; PLUT. *Mor.* 788a; SEN. *Ep.* 67.2; HERSKOVITS y MITTENESS 1994: 331). En el ámbito familiar, se consideraba un logro personal reunir a una amplia familia que sintiera admiración por el *senex* o la *uetula*:

El divino Augusto, entre otras muestras de ejemplos excepcionales, conoció a un nieto de su nieta, nacido el año en el que él murió, Marco Silano. (...) Quinto Metelo Macedónico, además de dejar seis hijos, dejó once nietos y,

entre nueras, yernos y todos los que lo saludaban llamándole padre, veintisiete. En las Actas del templo del divino Augusto, se encuentra que (...) Gayo Crispino Hilaro (...) ofreció un sacrificio en el Capitolio junto con sus ocho vástagos, entre los que dos eran hijas, sus veintisiete nietos, sus dieciocho bisnietos y sus ocho nietas, formando una procesión que superó a todas las habidas hasta entonces (PLIN. *NH* 7.13.58-60).

El *uir* debía mantener el poder efectivo sobre su familia (CIC. *Sen.* 17.61; HOR. *Sat.* 2.3.215-220; PLIN. *Ep.* 8.14.6; SEN. *Ep.* 30.1-3; TIB. 1.7.55 y 1.10.40-45; VAL. MAX. 2.1.9-10). A pesar de haber perdido la vista, Apio Claudio seguía ejerciendo como *paterfamilias* con firmeza:

Apio, anciano y además ciego, con cuatro hijos y cinco hijas, gobernaba tanto su casa como su hacienda. Mantenía su espíritu siempre tenso igual que un arco, y, ni siquiera, ya cansado por la edad, sucumbía. Mantenía su autoridad, el mando sobre los suyos. Le temían sus siervos, le respetaban sus hijos, pero todos le querían. En su casa estaban vigentes las costumbres patrias y la disciplina (CIC. *Sen.* 11.37).

Al contrario que *senes* como Domicio Tulo y otros ejemplos que encontramos en las fuentes (APUL. *Met.* 5.9.8-5.10.1-2; CATULL. 17; HOR. *Sat.* 2.5.70-73), Apio mantenía su autonomía y autoridad, ocupando lo alto de la jerarquía doméstica y sin caer bajo el dominio de mujeres ni esclavos. Igualmente son alabados los hombres que en la vejez seguían ostentando puestos políticos y contribuyendo al correcto funcionamiento del Estado (CIC. *Sen.* 4.10; TAC. *Ann.* 3.31.3 y 11.21; VAL. MAX. 8.7.1 y 8.7.4). Ejercer dicho dominio con dureza los alejaba también de la acusación de delicadeza, atributo característico de las mujeres y los ancianos androgenizados (CIC. *Tusc.* 2.47-48; PLUT. *Mor.* 784a; WILLIAMS, 1999: 127 y ss.). Un poder en la familia, y en la sociedad en general, que podía ser puesto en peligro por el entorno. En este sentido, las acusaciones de locura y senilidad que aparecen mencionadas en los textos pudieron en ocasiones estar motivadas por el deseo de las nuevas generaciones, y en especial los hijos varones, de hacerse con el control efectivo del patrimonio familiar. Así, por ejemplo, Séneca (*Contr.* 2.3) cuenta que un hijo, que había violado a una mujer y, a pesar de haber sido perdonado por el padre de ésta, no había obtenido el perdón de su propio padre, lo acusó de demencia para evitar ser condenado. Este mismo autor (SEN. *Contr.* 2.4) refiere otro caso en el que un anciano fue acusado de demencia por su hijo. Se trata de un hombre que, una vez fallecido uno de sus hijos, reconoció al

vástago que éste tuvo con una prostituta. Uno de los hermanos del fallecido quiso entonces que su padre fuera declarado incapaz para evitar que adoptase al nieto y perder parte de la futura herencia.

En el ejemplo de Apio, así como en el de otros *senes* (CIC. *Cat.* 2.9.20 y *Sen.* 11.36; PLIN. *Ep.* 1.12.3-11 y 2.1.4; SEN. *Ep.* 30.1-3; TAC. *Ann.* 1.46.3; VAL. MAX. 8.7.4 y 8.7.ext. 9) percibimos un fenómeno que Elizabeth Herskovits y Linda Mitteness (1994: 333) han estudiado para las sociedades occidentales industrializadas, pero que puede aplicarse también a la Antigüedad: el de la gradación de las personas viejas atendiendo a la naturaleza de su condición física/mental. Si bien Apio y otros ancianos ciegos o con problemas de movilidad tendrían dificultades para realizar sin ayuda actividades cotidianas como calzarse, conservaban los conocimientos necesarios para llevarlas a cabo, mientras que los *senes* que padecían demencia habían olvidado cómo hacerlo, y por lo tanto habían perdido la capacidad de comportarse de acuerdo a las normas sociales incluso en su vertiente más básica. De esta forma, socialmente se procedía a una gradación de los *senes* dependiendo de las capacidades sociales que conservasen, y por lo tanto de su utilidad para el Estado (HERSKOVITS y MITTENESS 1994: 334). Por ello los autores romanos que escriben desde su vejez o que tratan de dar de ésta una visión eminentemente positiva resaltan la capacidad de los *senes* de transmitir conocimiento a las generaciones futuras y de mantener el control sobre el grupo familiar, por cuanto que ello les concedía un valor cívico.

No obstante, también nos encontramos con *senes* que parecen no aceptar su ancianidad y se esfuerzan por parecer jóvenes, adoptando actitudes que socialmente no son vistas como propias de la vejez o tratando de ocultar los signos físicos del envejecimiento (CIC. *Sen.* 11.36; MART. 4.78 y 10.83; PLAUT. *Merc.* 290-295 y 305-315; SEN. *Ep.* 13.17 y 122.7). Nos enfrentamos aquí a actitudes de ocultación y negación que pueden deberse al miedo que genera en el ser humano la proximidad de la muerte – y por lo tanto los *senes* se comportan como cuando eran jóvenes para crearse una ilusión de futuro y bienestar (CIC. *Sen.* 21.77) –, y/o que pueden estar influidas por las actitudes marginadoras que la sociedad romana tenía con respecto a la población anciana, las cuales como señalábamos en la sección introductoria llevan a rechazar la propia vejez para mantener la posición social previa.

En resumen, tanto las características físicas como morales de un *senex* podían convertirlo en un hombre no masculino. Perdida la fuerza física y el vigor sexual, la clave para mantener la *uirtus* consistía en conservar la autonomía y el poder simbólico y efectivo sobre la sociedad, en especial sobre el grupo doméstico, mostrándose útiles para el correcto funcionamiento cívico. Por

ello, los *senes* debieron adaptar las características de la masculinidad romana a un modelo que se ajustase a la vejez, el cual puede resumirse en las siguientes palabras de Cicerón: “La ancianidad es llevadera si se defiende a sí misma, si conserva su derecho, si no está sometida a nadie, si hasta su último momento el anciano es respetado entre los suyos” (CIC. *Sen.* 11.38).

Richard Alston (1998) y Myles McDonnell (2006) sugieren que puede rastrearse un cambio cronológico en la definición de masculinidad en Roma, el cual se da en época tardorrepública, en el que se empieza a premiar la *auctoritas* como síntoma de *uirtus* por encima de la pura fuerza física. Este cambio coincide con un momento en el que Roma cada vez se enfrentaba en menos conflictos bélicos y por lo tanto la masculinidad personificada por el guerrero resultaba menos real. De la misma forma, la existencia de periodos prolongados de paz propiciaría que una mayor parte de los varones romanos alcanzase la vejez, lo que también pudo dar lugar a la necesidad de crear una masculinidad que se adaptase al *senex*. Es precisamente a partir de época tardorrepública cuando los escritores comienzan a hablar de las bondades de la ancianidad, de la necesidad de vivir una buena vejez y de las cosas que son buenas para los jóvenes y las que lo son para los viejos, diferenciando entre dos masculinidades: la de la adultez, caracterizada por la fuerza física y el vigor sexual, y la de la vejez, definida por la templanza y la sabiduría. Sin duda, estas masculinidades similares pero no iguales entrarían en conflicto en espacios compartidos como el doméstico o el político (TAC. *Ann.* 3.31.3; BERTMAN 1976; COKAYNE 2003: 153 y ss.; DIXON 1999; ISAYEV 2007). Mientras los *senes* se esforzarían por mantener su posición dominante aludiendo a su buen hacer, los varones adultos intentarían ocupar las esferas de poder a costa de expulsar a los ancianos, tachándolos de conservadores, de ser débiles y de haber perdido capacidades mentales (SEN. *Contr.* 2.3-4; SEN. *Dial.* 1.13.5).

Conclusiones

A lo largo de las anteriores páginas hemos visto cómo el ciclo vital transformaba la masculinidad de los romanos para adaptarla a las capacidades de la vejez y que los *senes* pudieran mantenerse en la cúspide de la jerarquía social tratando de eludir la androgenización con la que la medicina caracterizaba a la ancianidad. En la vejez, la *uirtus* ya no estaba centrada en la fuerza física y el vigor sexual, sino en la *auctoritas* sobre los hombres más jóvenes y sobre la familia, en no perder la capacidad de dominar a los demás. No obstante, y a pesar de la adaptación de la masculinidad hegemónica para ajustarla a las

vivencias de los *senes*, se aprecia también cómo no todos los ancianos romanos podían cumplir con el modelo, sino sólo quienes podían mantenerse física y mentalmente activos y conservaban su autonomía. Aquellos a los que el envejecimiento conducía a la pasividad producían rechazo social y se convertían en objeto de mofa. Vemos de este modo cómo el modelo pasivo-activo seguía siendo el que definía la masculinidad romana, aunque ya no centrado en el dominio físico sino en el simbólico.

Bibliografía

- ALSTON, Richard (1998). "Arms and the man. Soldiers, masculinity and power in Republican and Imperial Rome", en Lin Foxhall y John Salmon (eds.), *When Men Were Men. Masculinity, power and identity in classical antiquity*. Londres-Nueva York: Routledge, 205-223.
- AUGOUSTAKIS, Antony (2008). "Castrate the he-goat! Overpowering the paterfamilias in Plautus' *Mercator*". *Scholias: Studies in Classical Antiquity*, 17, 37-48.
- BERTMAN, Stephen (1976). *The Conflict of Generations in Ancient Greece and Rome*. Ámsterdam: Grüner.
- BERTMAN, Stephen (1989). "The Ashes and the Flame: Passion and Aging in Classical Poetry", en Thomas M. Falkner y Judith de Luce (eds.), *Old age in Greek and Latin Literature*. Nueva York: State University of New York, 157-171.
- CALASANTI, Toni y KING, Neal (2018). "The dynamic nature of gender and aging bodies". *Journal of Aging Studies*, 45, 11-17.
- COKAYNE, Karen (2003). *Experiencing Old Age in Ancient Rome*. Londres: Routledge.
- DICKIE, Mathew W (2002). *Magic and Magicians in the Greco-Roman World*. Londres-Nueva York: Routledge.
- DIXON, Suzanne (1999). "Conflict in the Roman Family", en Beryl Rawson y Paul Weaver (eds.), *The Roman Family in Italy: Status, Sentiment, Space*. Oxford: Clarendon Press, 149-167.
- DOMÍNGUEZ CONTRERAS, Fermín (2002). "Estatus jurídico y edades de las mujeres en el Código de Hammurabi", en Pilar Pérez Cantó y Margarita Ortega López (eds.), *Las edades de las mujeres*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 183-196.
- FOXHALL, Lin (1998). "Introduction", en Lin Foxhall y John Salmon (eds.), *When Men Were Men. Masculinity, power and identity in classical antiquity*. Londres-Nueva York: Routledge, 1-9.
- FREIXÁS FARRÉ, Anna (1997). "Envejecimiento y género: otras perspectivas necesarias". *Anuario de Psicología*, 73, 31-42.
- GARNSEY, Peter (1999). *Food and society in classical antiquity*. Cambridge: Cambridge

- University Press.
- GENTILE, Kristen (2009). *Reclaiming the Role of the Old Priestess: Ritual Agency and the Post-Menopausal Body in Ancient Greece*. Tesis doctoral, Ohio State University.
- GILLEARD, Chris y HIGGS, Paul (2011). "Ageing abjection and embodiment in the fourth age". *Journal of Aging Studies*, 25, 135-142.
- GLEASON, Maud W (1995). *Making Men. Sophist and Self-presentation in Ancient Rome*. Princeton: Princeton University Press.
- HARRIS, Rivkah (2000). *Gender and Aging in Mesopotamia: The Gilgamesh Epic and Other Ancient Literature*. Norman: University of Oklahoma Press.
- HERSKOVITS, Elizabeth J. y MITTENESS, Linda S (1994). "Transgression and sickness in old age". *Journal of Aging Studies*, 8, 327-340.
- HURD, Laura (1999). "'We're not old!': Older Women's Negotiation of Aging and Oldness". *Journal of Aging Studies*, 13:4, 419-439.
- IRIARTE GOÑI, Ana (2015). "Semblanzas de semi-ciudadanías griegas. Sobre críos, ancianos y féminas", en Ana Iriarte Goñi y Luísa de Nazaré Ferreira (coords.), *Idades e género na literatura e na arte da Grécia antiga*. Coímbra: Imprensa de Universidade de Coímbra, 9-30.
- ISAYEV, Elena (2007). "Unruly Youth? The Myth of Generation Conflict in Late Republican Rome". *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, 56, 1-13.
- LUND, Anne y ENGELSRUD, Gunn (2008). "'I am not that old': inter-personal experiences of thriving and threats at a senior centre". *Ageing & Society*, 28, 675-692.
- MCDONELL, Myles (2006). *Roman Manliness. Virtus and the Roman Republic*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MIRÓN PÉREZ, M. Dolores (2002). "Niñas y ancianas en la antigua Olimpia", en Pilar Pérez Cantó y Margarita Ortega López (eds.), *Las edades de las mujeres*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 53-66.
- MONTERRAT, Dominic (1998). "Experiencing the male body in Roman Egypt", en Lin Foxhall y John Salmon (eds.), *When Men Were Men. Masculinity, power and identity in classical antiquity*. Londres-Nueva York: Routledge, 153-164.
- MUÑOZ GONZÁLEZ, David (2018). "Masculinidad hegemónica y alteridad: los «viejos» en la *Iliada*", en Carla Rubiera Cancelas (ed.), *Las edades vulnerables. Infancia y vejez en la Antigüedad*. Gijón: Ediciones Trea, 131-246.
- NIKOLOPOULOS, Anastasios D. (2003). "Tremuloque gradu aegra senectus: Old Age in Ovid's 'Metamorphoses'". *Mnemosyne*, 56, 48-60.
- O'SULLIVAN, Timothy (2011). *Walking in Roman Culture*. Cambridge: Cambridge University Press.
- PARKER, Holt N. (1997). "The teratogenic grid", en Judith P. Hallett y Mariyn B. Skinner (eds.), *Roman sexualities*. Princeton: Princeton University Press, 47-65.
- PARKIN, Tim (1992). *Demography and Roman Society*. Baltimore: The Johns Hopkins

University Press.

- PARKIN, Tim (2003). *Old Age in the Roman World. A Cultural and Social History*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- PARKIN, Tim (2011). “The Elderly Children of Greece and Rome”, en Christian Krötzel y Katariina Mustakallio (eds.), *On Old Age: Approaching Death in Antiquity and the Middle Ages*. Turnhout: Brepols Publishers, 25-40.
- PRATT, Louise (2000). “The Old Women of Ancient Greece and the Homeric Hymn to Demeter”. *Transactions of the American Philological Association*, 130, 41-65.
- SANDBERG, Linn (2011). *Getting Intimate. A Feminist Analysis of Old Age, Masculinity & Sexuality*. Linköping: Linköping University.
- TWIGG, Julia (2004). “The body, gender and age. Feminist insights in social gerontology”. *Journal of Aging Studies*, 18, 59-73.
- WALTERS, Jonathan (1997). “Invading the roman body: manliness and impenetrability in Roman thought”, en Judith P. Hallett y Marilyn B. Skinner (eds.), *Roman sexualities*. Princeton: Princeton University Press, 29-43.
- WILKINS, John (2015). “Medical Literature, Diet, and Health”, en John Wilkins y Robin Nadeau (eds.), *A Companion to Food in the Ancient World*. Oxford: Blackwell, 57-66.
- WILLIAMS, Craig A. (1999). *Roman Homosexuality: Ideologies of Masculinity in Classical Antiquity*. Nueva York-Oxford: Oxford University Press.